

con la moral hipócrita, la falsa cultura, la ostentación y el mal gusto. De manera que la víctima de esa poesía burguesa era el «Don bombín» que se auto-retrataba en este poema:

Tengo
 una spiroqueta pálida de abolengo,
 un zancudo en mi escudo
 y un higo en mi ombligo.
 Yo soy un tinajón con corazón,
 un tinajón con saco y pantalón
 y de mi saco saco una petaca flaca
 y una lágrima seca.
 Yo soy un hombre duro como un duro.
 Yo soy un hombre puro como un puro
 con un solo pecado olvidado,
 un pedazo de beso tieso como botón de
 hueso
 dado a una criada bruta como una fruta...

(Piano psíquico)

En fin, los *vanguardistas* no atacaron a la burguesía como clase sino lo burgués como actitud ante la vida, como espíritu torpe y mezquino, que se había convertido en bandera patria.

Contra el «amado enemigo» Rubén Darío

Pues bien, en su afán de afirmar una literatura nacional, irrespetaban también otra bandera: Rubén Darío. A ellos, Darío les resultaba afrancesado o extranjerizante, incapaz de sentir la emoción de nuestra tierra ni de la raza; pero sin intuir que Francia había sido en su época el foco inevitable de la renovación artística y que todos los caminos conducían hacia ella. Realmente, el apasionado nacionalismo integral a que aspiraban les lleva a reducir la obra rubendariana a colecciones de oropeles y sonoridades, a pesar de su indiscutible fuerza expresiva. Por eso le llamaban «el amado enemigo».⁷⁹

Sin embargo, con el tiempo los principales ex-vanguardistas comprendieron esa superficial perspectiva juvenil y recuperaron a Darío como nicaragüense, *voz de nuestra geografía, palabra de nuestra historia, fundador de la literatura nacional y paradigma de nuestra nacionalidad*.

⁷⁹ Una fuente ilustrativa de la concepción que los vanguardistas tenían entonces de Darío lo constituye la extensa polémica que en agosto y septiembre de 1932 sostuvo Diego Manuel Chamorro con varias personas de Granada. He aquí sus títulos: Hildebrando Rocha, «Carta abierta» (17 de agosto); Diego Manuel Chamorro: «Contestación al general Rocha» (20 de agosto), «El cosmopolitismo de Rubén Darío» (23 de agosto) y «El arte de Darío y los Sres. Hildebrando Rocha y Dionisio Chamorro» (30 de agosto); Carlos Estrada Sequeira: «Terminando en un debate literario» (31 de agosto), Diego Manuel Chamorro: «Rubén Darío, ¿Poeta Nacional?» (2 de septiembre), Carlos Estrada Sequeira: «Darío multiforme» (4 de septiembre), Diego Manuel Chamorro: «Darío y su falso concepto de nacionalismo» (7 de septiembre), Napoleón Tercero Amador: «Rubén Darío, Poeta Nacional» (15 de septiembre), Diego Manuel Chamorro: «Conciencia nacional y patriotismo» (21 de septiembre) y Napoleón Tercero Amador: «Edificando sobre arena» (29 de septiembre).

Hacia la conquista del indio

Finalmente, la raíz nacionalista de los *vanguardistas* no excluía lo indígena en la conformación de la cultura nacional. Y esta conciencia les llevó a formular, en los primeros años treinta, una divisa creadora: «Conquistemos al indio que llevamos dentro».⁸⁰ Pero tendría sus primeros resultados óptimos en la obra personal de Joaquín Pasos (*Misterio indio*, poemario de los años cuarenta) y Pablo Antonio Cuadra (*El jaguar y la luna*, colección elaborada en los cincuenta). Si en el primer caso, el indio «ve» con sus ojos el mundo —dejando de ser arqueología romántica—, en el segundo el mundo precolombino es traducido míticamente a partir de la voluntad artística apreciada en uno de sus legados: la cerámica.

Pasemos ahora a recapitular los antecedentes y el desarrollo de los vanguardistas nicaragüenses.

IV

Surgido en Granada, Nicaragua, el movimiento que posteriormente recibiría el nombre de vanguardia se gestó entre 1927 y 1931, teniendo cuatro antecedentes propulsores.

El primero lo constituiría el impacto entre algunos jóvenes de la *Oda a Rubén Darío* —aparecida el 29 de mayo de 1927— y otros textos inaugurales de una *nueva* expresión suscritos por José Coronel Urtecho, quien acababa de ingresar en el país después de una profunda experiencia literaria en San Francisco, California.

Al segundo y al tercero correspondió, respectivamente, la publicación de *La Semana* en Managua —de abril a julio de 1928— y *Criterio* en Granada —de marzo a mayo de 1929—; revistas que, desde una perspectiva conservadora, lanzaron la idea de una renovación literaria y política, abierta a las corrientes modernas. Además, difundieron poemas y artículos de los tres primeros nicaragüenses que le tomaron el *ritmo al siglo*: Coronel Urtecho (impulsor de estas inquietudes), Luis Alberto Cabrales (cuya estadía en Francia, durante los primeros años veinte, le había permitido conocer los *ismos* europeos) y Manolo Cuadra. De manera que, hacia finales de 1929, ya se reunía en torno del primero un grupo de estudiantes del Colegio Centroamérica —regentado por los jesuitas— que aún no comprendían *la acción de vanguardia* planteada por Coronel Urtecho, primer egresado del referido Colegio, desde 1928.

A estimular esta acción contribuiría un cuarto elemento propulsor: la encuesta que en *El Diario Nicaragüense* de la ciudad envió a la juventud el doctor Carlos Cuadra Pasos, intelectual muy vinculado a estos muchachos —era padre de uno de ellos: Pablo Antonio Cuadra—, motivando varios artículos reflexivos de Coronel Urtecho. Así, el 17 de abril de 1931 nació la *Anti-Academia Nicaragüense*, primera manifestación colectiva del movimiento que, para entonces, era exclusivamente literario.

De inmediato, pues, se dio el desarrollo inicial, o *realización* del mismo —que duraría hasta principios de 1933— a través de reuniones en la torre de la Merced y en otros

⁸⁰ Citado por Francisco Pérez Estrada, «Pulso de la nueva poesía nicaragüense», en *Suplemento*, Managua, 3 de marzo, 1935.

sitios donde intercambiaban lecturas, traducían del inglés y del francés a poetas contemporáneos y coetáneos —asimilando las *nuevas* tendencias de la literatura y el arte universales— y planeaban actividades para escandalizar el ambiente burgués —cerrado a toda innovación— y anti-intelectualista de la ciudad. Pero, aparte de recitales y colaboraciones en *El Diario Nicaragüense* y publicaciones periódicas de Managua, el grupo concéntró su lucha en la *página de vanguardia*, una hoja inserta en *El Correo* —el otro diario de la ciudad— donde divulgó a poetas de avanzada de los Estados Unidos, España, Francia y otras nacionalidades; lanzó encuestas y sostuvo constantes polémicas contra los representantes de las generaciones y promociones anteriores. Al mismo tiempo, consciente de una renovación integral del país, dirigió su ataque contra los dos partidos históricos, promoviendo un cambio político y social.

Este cambio fue concebido desde su posición de elite tradicional formada por los jesuitas, quienes dotaron a los miembros del grupo de ideas políticas fundamentales como la necesidad de un *poder fuerte* y la falacia democrática, a la que atribuyeron el mayor de los males que habían assolado Nicaragua: la guerra civil. Luego, imbuidos de la lectura de Charles Maurras y otros pensadores modernos, decidieron llevar su afán literario y cultural junto a un «decidido empeño de encauzar la política de nuestro país por los caminos de una tradición secular».⁸¹ De manera que, a raíz del asesinato del general Augusto C. Sandino —cuya resistencia nacionalista les había entusiasmado—, promovieron y apoyaron la figura que *de facto* controlaba el poder como jefe de la Guardia Nacional: Anastasio Somoza García. Dicho apoyo se concretó en el diario *La Reacción*, en la organización del grupo autollamado *Reaccionario* (1935) y en la revista *Ópera bufa* (1935 y 1936), habiendo cesado —tras las elecciones de noviembre de 1936— con el acceso de Somoza García a la presidencia de la república.⁸²

Aunque el desarrollo político del movimiento no es el tema de estas páginas, era necesario esbozarlo —como lo hicimos oportunamente— porque no fue accidental sino

⁸¹ Véase vanguardia, «Nuestro comentario» (a la contestación de don Pedro J. Cuadra Ch.), en rincón de vanguardia, *El Correo*, 6 de agosto, 1931.

⁸² Un resumen de las ideas que utilizaron los reaccionarios para justificar el apoyo a Somoza García lo dio José Coronel Urtecho en *Ópera bufa*, núm. 18, 10 de mayo, 1936.

«Con el triunfo del Ejército sobre las fuerzas revolucionarias (por el sandinismo, J.E.A.), la estrella de Somoza ha venido guiando la transición nacional hacia el afianzamiento del orden y el robustecimiento del Estado. El sentimiento del pueblo en ambos partidos (el Liberal y el Conservador, J.E.A.) se manifestó desde temprano, orientado hacia la ocupación de la Jefatura del Estado por el jefe del Ejército dando con eso origen a la candidatura presidencial del General Somoza.

La juventud reaccionaria, a la que nosotros pertenecemos, amiga de un poder fuerte, libre y durable, reconoció desde el principio que la ruta de la salvación nacional era anunciada por esa estrella que alumbraba el destino del Jefe del Ejército. Esos jóvenes, procedentes en su mayor parte de familias conservadoras, descendientes muchos de ellos y hasta homónimos de los presidentes conservadores de los Treinta Años, estaban unidos en un credo político realista y verdadero, que anulando todas las diferencias políticas hereditarias, creaba entre todos un verdadero espíritu de unidad y les permitía saltar sobre las barreras de los partidos para seguir a un hombre fuerte de cualquier partido. Más todavía, se unificaban íntimamente en la política empírica y en el nacionalismo integral los hijos de los dos políticos (aludía a él mismo y a su acompañero Diego Manuel Chamorro, J.E.A.) más duramente enemistados y hostiles entre sí, de los dos políticos que encarnaron la lucha intelectual más encarnizada de los partidos históricos. Como lo fueron Diego Manuel Chamorro y Manuel Coronel Matus. Toda esa juventud, que representa una tendencia nueva, se adhirió a la candidatura del General Somoza porque la considera la más a propósito para operar la reforma del Estado y la reorganización del pueblo.

Para nosotros, Somoza es la paz —porque lo ha sido y porque representa la fuerza y la unidad, la disciplina militar y la unión nacional.»

esencial al grupo que consideró imprescindible subordinar la creación literaria a la acción política. Pero sus resultados fueron negativos: Somoza García consolidó su dictadura militar prefiriendo el apoyo político del Partido Liberal y despreciando el de los *reaccionarios* que, en realidad, no eran más que la expresión intelectual de una de las fracciones de la oligarquía conservadora. Con todo, ofrecieron un esquema ideológico digno de estudio, ya que atisbaron —por medio de la investigación histórica— en la herencia corporativa de los gremios de artesanos desarrollados durante la época colonial; herencia que planearon modernizar, es decir, renovar y adaptar a nuestra época.⁸³

Los principales integrantes del grupo *reaccionario* se proyectaron desde 1935 en España, vinculados al pensamiento más tradicionalista.⁸⁴ Y uno de ellos llegaría a ser, en los años cuarenta, el teórico más coherente y destacado de la hispanidad y de la interpretación «fascista» en Centroamérica.⁸⁵ Igualmente, continuaron su acción política e ideológica en Nicaragua publicando hojas de combate como *Trinchera* (1937), página de *El Correo*, en Granada; influyendo en otras como *Orden* en Managua, *Gris* en León y *Jornal* en Chinandega; fundando una *Liga de Intelectuales y Obreros Corporativistas* (LIOC) e influyendo en otra *Legión Católica Nacionalista*, cuya sección de Masaya editaría la revista *Anhelos* (1940-41).

Mas, como nos hemos limitado a la proyección literaria y cultural de los mismos y a investigar sus inicios, preferimos citar el testimonio de uno de ellos sobre esos años polémicos e imbuidos de fanatismo:

Nos alucinó el nacionalismo, que nosotros queríamos ultraoriginal, porque nuestro movimiento quería afirmar lo nacional. Éramos un movimiento paralelo a Sandino y los comunistas de ese momento eran profundamente internacionalistas. En Nicaragua, en las primeras manifestaciones comunistas, quemaban la bandera nacional y cantaban *La Internacional*. A Sandino también

⁸³ En este aspecto los reaccionarios nicaragüenses revaloraron la corriente corporativista que, en la práctica, degeneró en fascismo; pero teóricamente constituía una búsqueda de la propia tradición hispanoamericana de todo aquello que fuera viable y pudiera servir de base a una nueva estructuración sociopolítica de carácter nacionalista. El corporativismo implicaba un rechazo de la penetración extranjera, principalmente norteamericana, implantada en contra de su propia tradición cultural, y un repudio a la dependencia moral, política y económica. «Algunos corporativistas —señala Howard J. Wiarda— volvieron la vista a Roma en busca de su ideal, otros a un medievalismo impregnado de romanticismo, algunos a las civilizaciones aborígenes precolombinas, y los más a una mezcla de ellas junto al modelo español del siglo XVI; la tradición de los gremios, el catolicismo e instituciones ibero-latinas tan fuertes como la familia, la comunidad y la religión. El argumento nacionalista fue así reforzado por un resurgimiento del nacionalismo cultural» («Hacia un Sistema Teórico para el Estudio del Proceso de Cambio Socio-Político: el Modelo Corporativo», en *Revista del Pensamiento Centroamericano*, núm. 169, abril-junio, 1983, p. 49).

⁸⁴ Por ejemplo, el «Discurso sobre la Independencia» de José Coronel Urtecho —pronunciado el 15 de septiembre de 1928 en la Plazuela de los Leones, de Granada, Nicaragua— lo reprodujo Acción Española, de Madrid (tomo 12, núms. 72-73) y fue elogiado por Ramiro de Maeztu en «La Nueva América», artículo que apareció en ABC, Madrid, 10 de abril, 1935. Por su parte, la conferencia de Pablo Antonio Cuadra «El retorno a la tradición hispana» —dictada en Managua— también fue inserta en el tomo indicado de Acción Española.

⁸⁵ Aludimos, desde luego, a Pablo Antonio Cuadra, quien en su *Breviario imperial* (Madrid, Cultura Española, 1940, p. 73) resumió su pensamiento de entonces con la siguiente frase: «Necesitamos del Imperio (español) para liberarnos del imperialismo. Necesitamos del Fascismo para defendernos, incluso, de los otros fascismos». Anteriormente había publicado *Hacia la Cruz del Sur* (1936-1938), libro citado varias veces por Eugenio Vega Latapié en el prólogo a la obra de Marius André, *El fin del Imperio Español en América* (Madrid, Cultura Española, 1939, pp. 15-16, 28-29 y 40). Posteriormente, entre su vasta producción hispanista, fue autor de una «Carta de relación de un conquistador del siglo XX a la Majestad primera del Imperio Doña Isabel, la Católica: Reina perenne en el recuerdo», publicada en la revista *Escorial* y reproducida en *Voces de América* (Zaragoza, Departamento de Cultura/Delegación de Distrito de Educación Nacional, 1945, pp. 15-29).